

# El libro en México, 1900-1950

Sofía BRITO OCAMPO<sup>1</sup>

## Resumen

El estudio de la producción editorial en México durante la primera mitad del siglo XX ha sido abordado en pocos artículos y algunos libros; sin embargo, han escrito sobre el tema autores de la talla de Gabriel Zaid, Ernesto de la Torre Villar, José G. Moreno de Alba y otros. Dado lo anterior, el trabajo aborda la producción editorial en tres periodos básicos: antecedentes y primera década del siglo XX, la crisis editorial durante la Revolución mexicana y el periodo posrevolucionario para, finalmente, abordar el resurgimiento de la producción del libro entre 1930 y 1950.

Palabras clave: libros en México, 1900-1950

## Abstract

The study of the publishing in Mexico during the first half of the twentieth century, has been recently tackled in few articles and some books, however authors of considerable stature as Gabriel Zaid, Ernesto de la Torre Villar, José G. Moreno de Alba et al. Given this, the editorial production work deals with three basic periods: background and first decade of the twentieth century, the editorial crisis during the Mexican Revolution and the post-revolution, to finally get to grips with the resurgence of book production between 1930 and 1950.

*Key words:* book in Mexico, 1900-1950

<sup>1</sup> Universidad Nacional Autónoma de México, <britos@bibliobiblog.unam.mx>.

## *Introducción*

El libro, afirma Ernesto de la Torre Villar, es “para unos, ánfora que encierra el pensamiento, instrumento que promueve el progreso y la libertad, que aclara los caminos, el objeto y sujeto de todo adelanto, y para otros, una amenaza, un medio de subversión, una bomba de tiempo que hay que destruir”.<sup>2</sup> Sobre este principio, queda claro que el libro es un vínculo poderoso que ha servido desde sus orígenes para el intercambio y el despliegue de la cultura en todo el mundo.

Para referirnos a la producción del libro en la primera mitad del siglo XX es necesario ubicarnos antes en el último tercio de la centuria anterior, cuando México aún se debatía entre la necesidad de afianzar su autonomía y defender la soberanía nacional; cuando se vivía una paz temporal que permitiría el inicio del modernismo y el florecimiento de la cultura, y cuya inercia llegaría hasta los albores de la Revolución mexicana. Recordemos que en esos años se hizo el gran esfuerzo por vincular a México en la historia universal, mediante la magna obra *México a través de los siglos*, la que, de una u otra manera, marcaría hacia dónde debía encaminarse nuestra historia patria. Con esta perspectiva, la incorporación de las diversas corrientes educativas europeas y norteamericanas, la francesa sobre todo, no haría sino consolidar la visión modernista de México, en la que se decía que este país estaba llamado a figurar y a ocupar un lugar preponderante entre las naciones civilizadas del mundo.

Por ende, podemos asegurar con certeza que es en este periodo cuando se sentaron los precedentes del tema que nos ocupa. Al respecto, no debemos olvidar que la producción del libro durante el último tercio del siglo XIX y hasta 1936, va a responder al fortalecimiento de la cultura, tomando como base la instrucción del niño que hablaba español y que vivía en poblaciones urbanas. Posteriormente, también impulsará el desarrollo del país al cubrir las necesidades de estudio de nuevas disciplinas, sobre todo las de tendencia técnica y experimental.

Dar a conocer cuáles fueron las condiciones en que se dio dicha producción entre los años 1900 a 1950 es el objetivo del presente trabajo. Con este fin se analiza dicho periodo bajo los siguientes apartados: antecedentes y primera década del siglo XX, la crisis editorial durante la Revolución mexicana y el periodo posrevolucionario (1911-1930), y el resurgimiento de la producción del libro de 1930 a 1950.

### *Antecedentes y primera década del siglo XX*

Desde el triunfo de la República Liberal con Benito Juárez, la producción del libro respondió a la urgente necesidad de apoyar el desarrollo de la cultura en el país, principalmente para instruir a un pueblo heterogéneo en todos los sentidos, múltiple en

<sup>2</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Testimonios históricos guadalupanos*. 2a. ed. México, FCE, 1999, p. 11.

costumbres y lenguas.<sup>3</sup> Pese a estos esfuerzos, todavía para la década de 1880 el panorama no era en lo absoluto halagüeño. Así lo reconoció Carlos A. Carrillo el 15 de diciembre de 1883, cuando en la presentación del periódico *El Instructor*, parafraseó en alguna de sus partes a Renán: “la lucha por la existencia se entabla ahora en el terreno de la escuela y de que ésta carece en México, por desgracia, no obstante los nobles esfuerzos debidos a maestros y funcionarios, de textos adecuados para los alumnos, y direcciones prácticas y minuciosas que sirvieran de guía al maestro”.<sup>4</sup>

Fue claro que una de las salidas para buscar el desarrollo del México moderno consistió en emprender una reforma educativa a fondo, la cual permitiera revertir el hecho de que para los inicios del Porfiriato, el 71% de la población mexicana era rural y el 80% analfabeta.

Con semejante disyuntiva, el gobierno buscó en principio fortalecer el aparato legal educativo que había iniciado con la Ley de Instrucción de 1867, promoviendo la organización de congresos, como el higiénico-pedagógico de 1882, al que le siguieron los de educación de 1889 a 1890 y el de 1890 a 1891, más otros posteriores. Así, empezaron a gestarse cambios sustantivos en dicho sistema, inspirados en parte en la corriente positivista, y en parte en el ideario liberal de Ignacio Ramírez “El Nigromante”, Ignacio Manuel Altamirano y otros.

Dentro de la larga lista de objetivos que se propusieron durante los congresos, se hizo especial hincapié en la necesidad de enseñar la historia para fortalecer el carácter nacionalista de los mexicanos, lo que dio origen a textos como los de Justo Sierra, quien publicó en 1894 el *Catecismo de historia patria y elementos de historia patria*,<sup>5</sup> siendo este último, según Mílada Bazant, un libro sencillo y constructivo donde Sierra buscó una posición conciliadora entre las culturas española e indígena.<sup>6</sup> Ambos libros marcaron toda una época en la aparición de los libros de texto, no sólo porque fueron los primeros que se produjeron en México con este carácter específico, sino también por su gran tiraje y su distribución en toda la República Mexicana.

De hecho, los cambios en el sistema educativo y en la legislación propiciaron la apertura de escuelas y la producción de libros de texto como nunca antes, al grado que, según Enrique Rébsamen, “de 1890 a 1900 se publicaron en el país más libros de lectura que en los tres siglos anteriores”.<sup>7</sup> Con estos matices, Martínez Moctezuma confirma lo dicho por Rébsamen, al señalar que hasta antes de 1890 no existían textos nacionales adecuados para estimular el proceso de enseñanza ya referido. Los pocos que circulaban eran traducciones de autores extranjeros como Claudio Matte (1886), Bancroft (1887),

<sup>3</sup> K. A. Davies, “Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX en México”, en *Historia Mexicana*. México, vol. 21, núm. 3, 1972, pp. 483-525.

<sup>4</sup> F. Larroyo, *Historia comparada de la educación en México*. 12ª ed. México, Porrúa, 1977, p. 302.

<sup>5</sup> Esta obra tuvo un tiraje de 10 000 ejemplares.

<sup>6</sup> Mílada Bazant, *Historia de la lectura en México*. México, El Colegio de México, 1997, p. 234.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 233.

Campe (1886), Ganoso (1889), De Amicis (1889), Bruño (1887) y Guillé (1887).<sup>8</sup> Es de comprenderse tal atención, pues este proceso y su uso se había hecho obligatorio y cada niño, al menos en teoría, se utilizaba tres o cuatro métodos al año cuando en épocas anteriores sólo se usaba uno, que era el de enseñar a leer y a escribir.<sup>9</sup>

Aunque, en su mayoría, los libros producidos en dicha época tuvieron una notoria simpatía hacia la corriente positivista que introdujo, en la década de 1860, Gabino Barreda,<sup>10</sup> discípulo del francés Augusto Comte. También se publicaron y tuvieron una presencia importante las obras de la corriente pedagógica objetiva de Enrique Rébsamen, como *Pedagogía de Rébsamen*, *Asuntos de metodología general* y *México intelectual*; además las de Gregorio Torres Quintero y otros autores, que profesaban incluso corrientes educativas diferentes.

Este esfuerzo editorial se acompañaba de la llegada de libros traídos del extranjero, mismos que, por el idioma en que estaban escritos y por su elevado precio, sólo pudieron ser patrimonio de unos cuantos maestros y niños que tenían el poder económico para adquirirlos. Al respecto, el pedagogo Carlos A. Carrillo recomendó que estos libros y otros que contenían la ciencia del niño, la ciencia elemental que aún no era conocida en México, se tradujeran y publicaran en ediciones económicas.<sup>11</sup>

Al inicio del siglo XX la producción de libros mexicanos siguió en aumento. El crecimiento económico que había alcanzado el país para esos años facilitó el que las imprentas y las editoriales incentivaran su producción, llegando incluso a tirajes superiores a los cincuenta mil ejemplares, como ocurrió en el caso de una de las traducciones de un texto de Claudio Matte, dictaminado en 1907 como útil para la educación de adultos, y que tuvo una circulación de sesenta mil a ochenta mil ejemplares anuales.<sup>12</sup>

Además, llama la atención el hecho de que incluso el gobierno pudo incentivar la publicación de obras mediante las imprentas de Palacio Nacional y de las secretarías de Fomento, de Relaciones Interiores y Exteriores, y de Instrucción Pública y Bellas Artes, de donde surgía después la de Educación Pública. Cabe aquí resaltar la labor de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, que para principios del siglo XX puso énfasis en la publicación de los libros de texto, no sin antes incentivar su escritura y su edición mediante concursos. Una comisión de expertos determinaba la viabilidad de cada uno de los trabajos, eligiendo los más pertinentes para sacarlos al mercado.<sup>13</sup> Este aliciente tuvo un gran significado, pues a partir de dicha iniciativa se aceleró también la producción de obras de carácter científico en México.

<sup>8</sup> Lucía Martínez Moctezuma *et al.*, coords., *Lectura y lectores en la historia de México*. México, CIESAS/ El Colegio de Michoacán / UAEM, 2004, p. 119.

<sup>9</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p. 238.

<sup>10</sup> A Gabino Barreda se le debe la creación de la Escuela Nacional Preparatoria (1867), y a ella consagró sus planes positivistas.

<sup>11</sup> F. Larroyo, *op. cit.*

<sup>12</sup> M. Bazant, *op. cit.*

<sup>13</sup> *Idem.*

De esta manera circulaban libros de filosofía, historia, literatura, arte y ciencia, de autores clásicos y modernos, editados en México, Estados Unidos y en algunos países europeos. Tal hecho se puede constatar en los catálogos de las editoriales y de las imprentas de ese tiempo, entre las que podemos mencionar, por ser las más conocidas, la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, de origen francés; la Appleton y Cía., de Nueva York; y las de J. Balleescá, Murguía, Herrero, Robredo, Botas y Porrúa, de notoria ascendencia española; sin olvidar la nativa Librería General. Todas ellas se hicieron cargo de la modernización y publicación de los textos escolares, los que debían responder a las sugerencias que en este sentido se habían dado en el Congreso Higiénico-Pedagógico de 1882.

Para Ignacio Manuel Altamirano, los libros tenían una gran misión, ya que consideraba que debían comenzar por enseñar al pueblo. Son representativas de ese anhelo obras tales como: *El pasado* (1890), *Versos* (1895) y *Numa Roumestan* (1885), de Manuel Acuña; el *Libro de oro de las niñas*, *Hojas de rosa*, *Mosaico infantil*, *Nuevo libro segundo para uso de las escuelas* y *Fábulas*, de José Rosas Moreno; *Un libro para mis hijos*, de Juan de Dios Peza; *Pasionarias*, *Páginas locas*, *Sus mejores poesías*, *Rosas caídas*, de Manuel M. Flores; *Oda a la Patria* y *Memorias de mis tiempos*, de Guillermo Prieto; y *El Museo Mexicano*, de Francisco Montes de Oca. Dichos autores, junto con Joaquín Arcadio Pagaza, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y Manuel J. Othón, dieron origen al modernismo literario defendido por Ignacio Manuel Altamirano desde tiempo atrás en las hojas del periódico *El Renacimiento*. De este movimiento cabe señalar la consideración de José Emilio Pacheco: “al ser la negación de toda escuela, al exigir a cada poeta el hallazgo de su individualidad, el modernismo es un círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna”.<sup>14</sup>

En el *Catálogo general* de la editorial J. Balleescá de 1905, se describieron un buen número de obras que circulaban en México, destacan entre ellas *México y su evolución social*, impresa durante 1900-1902 en Barcelona, de la que se dice es un “inventario que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX”.<sup>15</sup> Dirigido y coordinado por Justo Sierra, este libro ha sido considerado por mexicanos y extranjeros como uno de los mejores producidos en ese tiempo. El *Catálogo* continúa con el registro de aquellas obras que a juicio de la editorial eran las más relevantes, como *Galería de personajes célebres* y *Hojas de Margarita*, de Juan de Dios Peza; *Episodios nacionales mexicanos: de Santa Anna a la Reforma*, de Victoriano Salado Álvarez; *Novelas mexicanas escogidas*, de Vicente Riva Palacio; *El*

<sup>14</sup> *Idem*.

<sup>15</sup> *Catálogo general*, J. Balleescá, 1905, p. 1. Esta obra reúne condiciones del país de fondo y materiales de una importancia excepcional. Consta de tres volúmenes tamaño gran folio, contiene más de 1200 páginas impresas en papel couché y con unos 500 grabados intercalados en el texto, 15 cabeceras y portadas alegóricas, más de 100 grandes láminas sueltas en negro o en colores de extraordinario mérito artístico y de elevado valor histórico. Además, en ella se reproducen retratos de personajes distinguidos en todos los ramos del saber, vistas de monumentos y edificios notables en todos los órdenes de la vida nacional y de todas las épocas, planos y mapas, cuadros gráficos, facsímiles, etcétera.

*Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano, y muchas más que describe a lo largo de sus 461 páginas.<sup>16</sup>

Durante los primeros años del siglo XX, aparecieron también impresos que buscaron apoyar los nuevos proyectos educativos orientados por el Estado y originados por el fracaso de la educación positivista.<sup>17</sup> Este fracaso se hizo notorio, por ejemplo, en la literatura de Mariano Azuela, quien en sus novelas *Los fracasados* y *Mala yerba*, nos ofrece el desolador panorama en el que vivía buena parte de la sociedad mexicana de la época. Ahí nos damos cuenta, por ejemplo, de que la situación del campo no había mejorado en lo absoluto pese a todos los programas educativos modernizadores que se habían implementado. Recordemos que, aunque no en el plano literario sino sociológico, ya en 1905 Andrés Molina Enríquez había planteado, en *Los grandes problemas nacionales*, la complejidad y la falta de perspectiva de México como nación, si no se tomaban medidas atingentes en torno a los múltiples factores de desequilibrio que se vivían. A su vez, en el plano político una de las obras que nos muestran la desconfianza de los diversos actores en la democracia mexicana es el de Francisco Ignacio Madero,<sup>18</sup> *La sucesión presidencial: Partido Nacional Democrático (1908 y 1910)*, que fue mandada imprimir y distribuir por el propio autor entre las personalidades políticas y los principales periódicos que se editaban en la República, siendo muy pocos los ejemplares que fueron vendidos. De acuerdo con Gabriel Zaid, como Madero “encabezó un movimiento revolucionario que llegó a triunfar, parece casi inevitable atribuir esa victoria al libro”.<sup>19</sup>

No faltaron los libros producidos para una pequeña élite, la cual había alcanzado la economía y los niveles de educación que le permitían disfrutar tanto de las mejores

<sup>16</sup> Este catálogo describe cerca de diez mil obras mexicanas y extranjeras.

<sup>17</sup> Estos proyectos dieron inicio con la ley de 16 de mayo de 1905 que daría origen a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes conforme al proyecto de Justo Sierra, quien buscaba vigorosamente la reforma integral de la educación mediante la creación de academias y sociedades científicas, entre ellas el Instituto Patológico Nacional, el Registro Público de la Propiedad Literaria, Dramática y Artística, y el estímulo y cuidado de las bibliotecas, museos, antigüedades nacionales, monumentos arqueológicos e históricos, además del fomento de los espectáculos cultos, las exposiciones de obras de arte y los congresos científicos y artísticos. Aunque en principio dicho proyecto estuvo muy vinculado a la corriente positivista, hacia 1908, Sierra le dio un giro hacia la pedagogía social, orientada y dirigida por el Estado, tal y como se explicitó en la ley de agosto de 1908, que señalaba que la educación debía expandirse a todos los sectores sociales para elevar el nivel educativo general. Es de señalar que esta postura coincidía de manera significativa con los postulados defendidos por el grupo político opositor a Díaz, conformado por Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Manuel Sarabia, por citar algunos, quienes hacían hincapié en la urgente necesidad de aumentar considerablemente las escuelas primarias, mejorar los sueldos a los maestros y aplicar radicalmente los principios de la enseñanza laica, obligatoria y gratuita. (Véase F. Larroyo, *op. cit.*, pp. 361-367; Ernesto Meneses Morales, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*. México, pp. 650-652.)

<sup>18</sup> Con motivo del Bicentenario de la Independencia Nacional, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), publicó el acta de nacimiento de Madero en donde se aclara que la “I.” que acompañaba al nombre de Francisco es de Ignacio.

<sup>19</sup> Gabriel Zaid, *Daniel Cosío Villegas: imprenta y vida pública*. México, FCE, 1985, p. 132.

obras de la literatura y de la filosofía que llegaban de Europa y de Estados Unidos —a precios inaccesibles para otros— como de las pocas obras producidas en México sobre temas diversos. El resto de la población que sabía leer y escribir se nutría de las publicaciones periódicas: revistas, semanarios populares o diarios, donde se daba a conocer el desarrollo de la cultura de la época, así como las ideas manifestadas por las corrientes políticas y sociales de ese tiempo.

Para 1910 sólo el 21.5% de la población podía aprovechar dicha producción bibliográfica, ya que la realidad del 74.5% restante era otra: hambre, ignorancia, analfabetismo y el uso de otras lenguas distintas al español fueron algunos de los factores determinantes para que no se pudieran lograr los avances que el gobierno pretendía con la educación pública. Estos datos sólo expresan que a pesar de los logros de la llamada “edad de oro” —la cual terminaba cimentada en la corriente positivista y de manera alterna en la corriente social, bajo el liderazgo de Gregorio Torres Quintero, Daniel Delgadillo y otros. Torres Quintero se había hecho presente junto con otros pedagogos desde finales del siglo XIX— y de los cambios realizados a la legislación dedicada a este propósito, así como de la presencia de corrientes educativas vanguardistas, y de que el país alcanzara un desarrollo económico importante, además del establecimiento de 90 bibliotecas,<sup>20</sup> el problema de la educación no había cambiado mucho respecto al que se había presentado durante la segunda mitad del siglo XIX y que, incluso, se vería agravado por la presencia de la Revolución mexicana.

### *Crisis editorial durante la Revolución y la posrevolución, 1911-1930*

Varios autores señalan que, “paralela a la revolución política y económica se emprendió una revolución cultural, y que la vida intelectual y la producción literaria no se interrumpieron con la lucha armada”.<sup>21</sup> Fundan este aserto en el hecho de que algunas imprentas y editoriales lograron subsistir al movimiento revolucionario, aparte de que El Ateneo de la Juventud, grupo de intelectuales, se dedicó al estudio de los clásicos y a la promoción de la cultura,<sup>22</sup> y continuó con sus funciones de manera cotidiana.

Fundado por Antonio Caso y con miembros distinguidos como José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Carlos González Peña, quienes al principio

<sup>20</sup> F. Larroyo, *op. cit.*, p. 355.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>22</sup> Este grupo inició su actividad en 1906, formado inicialmente por Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Carlos González Peña, quienes fundaron en principio la Revista *Savia Moderna*. Ya como Ateneo de la Juventud, posteriormente se le sumarán otros seguidores, entre ellos Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Ricardo Gómez Robledo, Jesús T. Acevedo, Enrique González Martínez, Manuel M. Ponce, Diego Rivera, Luis G. Urbina, etcétera. Según Vasconcelos, el Ateneo “es el primer centro libre de cultura [organizado] para dar forma social a una nueva era de pensamiento. (*Apud* Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 2000, p. 971.)

formaron parte de la revista *Savia Moderna*, el Ateneo de la Juventud inició con las conferencias y discusiones filosóficas contra el positivismo en el Salón del Generalito, sito en la Escuela Nacional Preparatoria (San Idelfonso). Se consolidó con la llegada de Pedro Henríquez Ureña, quien tenía un espíritu formalista y académico. Poco después se sumaron al grupo, intelectuales de la talla de Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Jesús T. Acevedo, Enrique González Martínez, Manuel M. Ponce, Diego Rivera, Luis G. Urbina, entre otros.

Para Vasconcelos, esta corporación fue el primer centro libre de cultura cuyo objetivo era el de dar forma social a una nueva era de pensamiento que insertara al país en la cultura universal, no sobre el modelo del orden y progreso, sino del desarrollo del espíritu.<sup>23</sup> Más recientemente, Fernando Curiel dice del mismo: “contrariamente a lo que se afirma, el Ateneo de la Juventud no es ni una generación, ni una generación literaria, ni una generación porfirista; es una movilización sociocultural que prospera en tiempos de Porfirio Díaz, Madero, Huerta, Carranza y Obregón”.<sup>24</sup>

No obstante, es un hecho que pese a la actividad desplegada por este grupo para difundir la cultura mediante tertulias, conferencias y demás actos tanto en el Generalito como en la Librería General, la producción del libro se verá disminuida considerablemente durante estos años, lo que se puede constatar al revisar las bibliografías y los catálogos de las bibliotecas y los de las editoriales, pues si bien en ellos figuran muchas obras publicadas en los primeros cuatro años después de iniciada la Revolución, también se observa que éstas eran en menor número con respecto a los años anteriores, lo cual muestra que la producción del libro de esta época en nada se parecía a la generada en décadas pasadas.

En efecto, mientras la lucha armada prevaleció, la vida cultural fue poco atendida y careció de una política coherente, pese a los esfuerzos de la Universidad Nacional, la Escuela de Altos Estudios, la Escuela Nacional Preparatoria, el Ateneo de la Juventud y, principalmente, la Universidad Obrera. De hecho, la producción empezó a disminuir considerablemente a partir del mismo 1910, no sólo por el inicio del movimiento revolucionario, sino también por la caída vertiginosa de la economía nacional; aparte de que el gobierno no puso la atención suficiente al quehacer cultural, debido tanto a su burocratización e institucionalización como a la falta de la subvención iniciada en el siglo anterior; a eso se debe sumar el hecho de que la importación del papel estaba restringida —por lo que los impresores tenían que utilizar la materia prima de mala calidad producida en el país— y que la falta de recursos económicos les impedía la modernización de sus prensas. Así, pocas imprentas y casas editoras quedaron activas, sobreviviendo sólo aquellas que contaban con recursos propios, o bien, aquellas que se vincularon con el nuevo gobierno para elaborar los libros de texto acordes al momento político que se vivía. Recordemos en este sentido que la aprobación de la Ley de Escuelas Rudimen-

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> F. Curiel, “El Ateneo de la Juventud”, en *Al filo de la literatura. Ciclo de conferencias en el Palacio de Bellas Artes*. México, Conaculta / INBA, 2006.



tarias de 1911, facultó al Ejecutivo a establecer centros educativos en toda la República Mexicana para enseñar a leer y a escribir, así como para castellanizar a los indígenas. Aunque esta disposición desató una oleada de protestas en los estados porque sentían afectada su autonomía, es indudable que su implementación pretendió cubrir las deficiencias de las escuelas y el abandono de la población rural. Todo esto se tenía que ligar a la producción del libro, pues a veces se manifestaba que la falta de materiales de estudio adecuados contribuía también al analfabetismo.

Con base en ello, las pocas editoriales e imprentas que lograron sobrevivir al primer periodo revolucionario se limitaron en buena medida a la impresión y edición de libros de texto. A la Librería de la Vda. de Ch. Bouret y a la Librería Religiosa de Herrero Hermanos, se sumaron otras más modernas como La Librería General (quizá en 1913);<sup>25</sup> Porrúa Hermanos (1914), que abrió su producción con la obra: *Las cien mejores poesías líricas*, de Vázquez del Mercado; y la editorial Cultura (1916), fundada por Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal,<sup>26</sup> la cual inició sus labores de manera espectacular con la publicación de obras de Vasconcelos, Loera Chávez y Antonio Caso. Entre los libros más destacados de esos años figura *Discursos a la nación mexicana*, de Abraham Castellanos, editado en 1913. En él, a similitud de los *Discursos a la nación alemana*, de Johann Cottlieb Fichte, su autor hizo un llamado a todas las clases sociales para reconstruir la patria y formar la nacionalidad, arguyendo que la división de razas sólo originaba la ignorancia y fomentaba el egoísmo, lo que implicaba un peligro mayor incluso que el poder extranjero. Tal reconstrucción, añadió, requería de una nueva educación, con nuevos maestros y nuevos tipos de escuelas. “El problema de México es pues un problema de educación, de educación étnica”,<sup>27</sup> y como lo señalara Sierra, “costaban menos cien maestros que un cañón”;<sup>28</sup> en consecuencia, para lograr la unificación del pueblo mexicano no había más que instruir a las masas populares con la fundación de la escuela rural y con la producción de libros apropiados. Finalmente, en 1915 y 1916 se puede decir que la corriente positivista veía su fin con la publicación de las obras *Los problemas filosóficos* y *La existencia como economía y caridad*, ambas de Antonio Caso, quien adoptó, en la segunda obra, el papel de educador y presentaba “la oposición de todas las formas de la vida egoísta, económica, con la forma superior del desinterés [y] la caridad”.<sup>29</sup>

<sup>25</sup> Esta casa editora comenzaría sus actividades como Biblos, la que se complementaba con la promoción de conferencias y otros eventos académicos, en los que estaban muy involucrados los ateneístas. Véase Joaquín Ramírez Cabañas, “Biblos”, en *Los escritores y los libros: antología*, México, SHCP, 1960, p. 119-124; “Homenaje a don Francisco Gamoneda”, en *Miscelánea de estudios de erudición, historia, literatura y arte*, México, Imprenta Universitaria, 1946, pp. 391-396.

<sup>26</sup> J. Ramírez Cabañas, “Biblos”, en *op. cit.*, pp. 119-124.

<sup>27</sup> A. Castellanos, *Discursos a la nación mexicana sobre la educación nacional*. México, Librería Vda. de Bouret, 1913, pp. 7-8.

<sup>28</sup> *Apud* F. Larroyo, *op. cit.*, p. 386.

<sup>29</sup> Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*. México, Tusquets, 1999, p. 81.

Después, entre 1915 y 1920, se imprimieron muy pocas obras, pero las que vieron la luz cumplieron con un papel sumamente importante, ya que contribuyeron a que las voces se hicieran sentir, a que las ideas se expandieran, y que se propiciaran los cambios. De entre ellas sobresalen *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, obra que marcará el inicio de la llamada “novela de la Revolución mexicana”, misma que, se considera, marca el comienzo del vanguardismo literario; *La querrela de México*, también de 1915, donde Martín Luis Guzmán ofrece una perspectiva poco halagadora del país: *Los caciques: novela de costumbres nacionales* (1917), también de Mariano Azuela: *Las moscas*, impresa en 1918; y finalmente *Nuestra América* (1919), de Waldo Frank.

Durante este periodo, el gobierno asumió en cierta medida la responsabilidad de imprimir los libros de texto, por lo que Venustiano Carranza ordenó la creación de un Departamento Editorial en la Secretaría de Instrucción Pública, para editar libros, folletos y revistas para el pueblo, siendo algunos de ellos de tipo utilitario para ayudar a la gente a resolver sus problemas cotidianos.<sup>30</sup> En algún momento se pensó que este departamento resolvería a la vez la escasez de títulos y el alto costo de los libros de texto publicados por particulares, lo que estimularía la producción nacional, supuestamente. Mas sus resultados fueron pobres. Esta idea sería retomada y puesta en práctica unos años después, durante el gobierno de Álvaro Obregón.

Para estos años, los libros de texto que circulaban eran ediciones antiguas, pues se venían publicando desde el siglo XIX, sobresaliendo los trabajos de Gregorio Torres Quintero y de Enrique C. Rébsamen, los cuales respondían a la corriente llamada de la “enseñanza objetiva” —planteada por Juan Enrique Pestalozzi, Juan F. Herbart y Federico—, que pretendía una educación obligatoria, gratuita y laica, la cual era pugnada por Torres Quintero, quien decía que las puertas de la escuela debían ser abiertas a todos, pobres y ricos, independientemente del culto que profesaran.<sup>31</sup> Como es bien sabido, este autor y pedagogo fue el productor más importante de libros de texto de las primeras décadas del siglo XX, destacándose además como formador de un grupo de maestros que años más tarde serían los defensores y promotores de semejante forma de enseñanza.

Pese a la presencia de buena literatura, la crisis editorial se manifestó públicamente en 1919. En un artículo publicado en *El Economista* se achacaba el hecho a varios factores:

La industria del libro, puede bien decirse que no existe; y no precisamente por falta de escritores, de literatos o de profesores de sobra competentes para escribir obras científicas de carácter docente, expositivo o ilustrativo. Sin embargo, pocas, muy pocas son las personas ilustradas que en nuestro medio han dedicado sus esfuerzos a escribir libros. Dícese que esto es por falta de que paguen una buena remuneración; por ausencia de lectores que compren la obras; y finalmente, porque el Estado no ha

<sup>30</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*. México, Porrúa, 1985, pp. 164-165.

<sup>31</sup> F. Larroyo, *op. cit.*, p. 375.

concedido hasta ahora su protección en términos liberales al trabajo intelectual, que forma parte importantísima e integrante de la producción nacional. Sea por estas causas [...]; sea por otras diferentes, lo cierto es que la industria referida permanece en situación rudimental con grave perjuicio de nuestros prestigios intelectuales.<sup>32</sup>

Fuera por estas causas o por otras, lo cierto es que la industria editorial estaba de capa caída en esos años, en una situación rústica que perjudicaba la producción del libro y el desarrollo intelectual que se había alcanzado a finales del siglo XIX y principios del XX. La noticia puso el dedo en la llaga al señalar los diferentes males que aquejaban el rubro editorial en México. La llamada de atención fue tal que en ese mismo año el pedagogo Gildardo F. Avilés agregó que, para colmo, el mayor número de los libros de texto utilizados en las escuelas eran de autores extranjeros y producidos por la casa editora extranjera Appleton, de Nueva York;<sup>33</sup> esto hizo pensar que el problema era grave, pues además de la escasa producción de libros, los niños mexicanos aprendían corrientes educativas foráneas, en especial la de Estados Unidos y la de Francia, presentes ambas desde años atrás. En conclusión, lejos de avanzar, se había retrocedido y México no encontraba la brújula para la educación de sus niños.

Ante situación tan complicada, a partir de entonces se entabló una campaña en defensa del libro de texto mexicano, en la cual algunos pedagogos, entre ellos Ezequiel A. Chávez, Andrés Oscoy, Delfino Borjano, Gregorio Torres Quintero, Gildardo F. Avilés, María Luisa Ross y Elisa Núñez, emprendieron una revisión acerca de la adopción de libros de texto extranjeros, y encontraron que, en efecto, la referida casa editorial norteamericana tenía aprobados dieciséis libros de ellos, mientras que las librerías de Bouret y Herrero, de la ciudad de México, contaban sólo con seis, respectivamente. Preocupados, se organizaron en la Sociedad de Autores Didácticos Mexicanos con el objetivo de velar por el libro de texto argumentando que las casas editoriales mexicanas, como Herrero Hermanos, que publicaban de tiempo atrás algunos de estos libros escritos por autores mexicanos e ilustrados por mexicanos, lo podían y debían seguir haciendo.

Paradójicamente, a pesar de la Revolución y de la crisis económica, México representaba en esos años un país de avanzada en América Latina; así lo veían los estudiantes, los intelectuales y los propios obreros. La semilla que había germinado en cuanto a cultura no podía sucumbir con una revolución; más bien despertaría el coraje de hombres como José Vasconcelos que no dejarían caer a la patria. Vasconcelos luchó no sólo por la educación sino por la cultura en general, primero desde el Departamento Universitario —mismo que creó— y después en la Secretaría de Educación Pública, la que fundó el 28 de septiembre de 1921. Para ello contó con el apoyo de intelectuales de primer orden, como Ezequiel A. Chávez, Amado Nervo, Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Manuel Gómez Morín, Dr. Atl y Daniel Cosío Villegas, este último,

<sup>32</sup> “La Protección al Libro Nacional”, en *El Economista*, 1919, p. 84.

<sup>33</sup> Gildardo F. Avilés, *En pro del libro mexicano: artículos de crítica, comunicaciones oficiales de gobernadores, directores*. México, Imprenta Francesa, 1919, p. 7.

promotor del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, en su papel de presidente de la Federación de Estudiantes de México.

Ya en la década de los veintes del siglo pasado, no obstante la presencia de movimientos políticos, se buscó recuperar el orden en el país y se emprendieron acciones en favor de la educación. En este año Vasconcelos encargó a Ezequiel A. Chávez que redactara un plan para federalizar la enseñanza, como parte de la organización de la Secretaría de Educación Pública,<sup>34</sup> lo que dio inicio a su trascendente proyecto sobre la educación mexicana. Para llevarlo a cabo se apoyó en la producción de libros clásicos a gran escala con la intención de llevar la ilustración a los lugares más recónditos del país, no sin antes contar con un departamento editorial dirigido por Daniel Cosío Villegas. Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe, Cervantes, fueron algunos de los autores elegidos para abatir el analfabetismo del 80% de la población, libros que si bien no fueron los más apropiados para resolver el problema, sí apoyaron la educación en cierta medida, pues muchos de los niños e individuos tuvieron por primera vez un libro en sus manos. Al respecto Vasconcelos libró una gran batalla, aunque no con las armas, sino con las letras.

La Secretaría de Educación Pública decretó que el libro de lectura para el primer año, con el cual los niños debían aprender a leer y escribir, sería uno escrito por Torres Quintero y Daniel Delgadillo, el cual sería considerado como el libro nacional de lectura. Después, tendrían acceso a la literatura en general con los mismos textos de lectura publicados por la Secretaría; sin embargo, como el ministerio no se hizo cargo de la distribución de los libros de texto, el fracaso fue notorio.

Para finales de ese año, 1924, se insistió una vez más en que para lograr la educación del pueblo y retomar el cauce de la producción de libros en el país así como su difusión en los proyectos de cultura de los años inmediatos se debía sumar al plan la organización de ferias del libro. La primera de ellas se realizó en el Palacio de Minería, del 1 al 10 de noviembre de 1924, a cargo de Torres Bodet y bajo el nombre de Feria del Libro y Exposición de Artes Gráficas, patrocinada por la Secretaría de Educación Pública, y sus objetivos fueron:

Promover el conocimiento recíproco de la producción editorial de la República; facilitar el comercio del libro hoy entorpecido por la falta de propaganda; estimular la concurrencia de los editores extranjeros al mercado del país, alentar el arte de la imprenta y la decoración del libro, honrándolo por ser el más eficiente vehículo de cultura y de humanidad y, además, para propagar el afán de la buena lectura, tan descuidada entre nosotros.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Linda Sametz de Wallerstein, *Vasconcelos, el hombre del libro. La época de oro de las bibliotecas*. México, ISB, UNAM, 1991, p. 74.

<sup>35</sup> *Feria del Libro y Exposición de Artes Gráficas, 1 al 10 de noviembre de 1924 en Palacio de Minería, patrocinada por la Secretaría de Educación Pública Federal*. México, SEP, 1924, p. 2.

Para el cumplimiento de éstos se montaron exposiciones de libros, música impresa, mapas y material escolar, en las que participaron varias editoriales y diversas corporaciones periodísticas y de otro tipo.<sup>36</sup>

La organización de esta feria sirvió para que los impresores y editores recapitularan la situación que se estaba viviendo con respecto a la producción del libro en el país. Decidieron enfrentar la crisis mediante la fundación de una sociedad civil llamada La Difusora del Libro, S. C. L., la cual debía buscar nuevos métodos para la distribución y venta de este producto en el mercado. En ese sentido, su valoración de inicio fue contundente:

México produce menor número de libros, proporcionalmente, que cualquiera otro de los grandes países de la América española. Cúlpese de ello al hibridismo étnico del pueblo, causa de que prive el analfabetismo en un 80% de la población del país; luego, a la exigua producción importante de nuestros escritores; después, a la falta de empresas editoriales y, en último término, a los vendedores de libros. Pero el número de las personas que pueden leer en México es superior al de las que actualmente leen. No está bien explotado el grupo social que podría leer. Por otra parte, no hay aliciente para el autor en un país donde la utilidad de su obra se queda en las manos del librero y del editor. A su vez las casas que editan libros mexicanos fracasan en su negocio o no triunfan en él de modo que las estimulara, porque tropiezan con la ineptitud y la codicia del vendedor de libros empeñado en comerciar con los impresos como si fuesen abarrotos: aguardando al cliente tras el mostrador, sin ir en su busca para despertar su entusiasmo. Además, el librero quiere para su bolsillo el cuarenta y el cincuenta por ciento del precio de venta de cada obra, y ni siquiera sabe hacer venta y apresuraría la ganancia que escapa a sus cálculos. Para el librero ganar mil pesos en un mes o ganarlos en un año es igual [...]. Cualquier esfuerzo que se haga, por lo tanto, tendiente a favorecer un florecimiento literario en México, será negativo si no se basa en la eliminación del obstáculo que es el librero incompetente y ambicioso [...] Éste es el primer ensayo que se hará en México [a] favor de la difusión del libro y de su efectivo abaratamiento.<sup>37</sup>

Este análisis quedó incorporado en el Programa y Proyecto de Estatutos publicado en diciembre de 1924, el cual fue firmado por Mariano Silva y Aceves, y por G. Prieto Yeme, quienes, al parecer, quedaron al frente de la corporación.

Durante el primer periodo revolucionario y toda la década de los veintes, a los problemas antes expuestos se sumaron los que enfrentaban los lectores en el aspecto económico, ya que la crisis propiciada por la guerra hacía imposible una compra cotidiana de libros, incluso entre aquellos que antes tenían cierta estabilidad monetaria. Ante tal situación, Vasconcelos, Torres Bodet y Cosío Villegas buscaron generar literatura a bajo costo que promovieron mediante la publicación de *El Libro y el Pueblo*, publicado de 1922 a 1935 y en 1941, y la revista *El Maestro*, de la que se

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>37</sup> La Difusora del Libro, *Programa y proyecto de estatutos del Comité Organizador*. México, La difusora. 1924, p. 3-4.

llegaron a imprimir hasta sesenta mil ejemplares, siendo su punto de distribución las escuelas y las bibliotecas públicas, que sumaban para ese entonces alrededor de trescientas.<sup>38</sup>

Sin embargo, esta lucha no era suficiente y la inexistencia de literatura producida en el país para los jóvenes intelectuales del momento se seguía haciendo patente. En 1925, Francisco Monterde se refirió a este asunto de la manera siguiente:

Hablando de un modo general, en México el mismo autor tiene que ser editor de sus obras. No existe una editorial fundada [sobre] bases firmes —excepción hecha de la que se especializa en los libros de texto— que vea, como un negocio, la publicación de un libro. Hay libreros que editan por amistad o por conveniencia propia, pero no sobre las bases de un mutuo negocio, ventajoso para el escritor y para ellos. De ahí que los libros que se publiquen sean casi siempre pequeños — folletos y panfletos con pretensiones de libro, en su mayoría—, porque el autor prefiere imprimir obras que le cuesten menos. Cuando se trata de una novela grande, en dos o tres volúmenes, se ve obligado a imprimirla en papel de ínfima clase o a buscar editores fuera de la República, en los países en donde ya existe cimentado el negocio editorial.<sup>39</sup>

### *Resurgimiento de la producción del libro, 1930-1950*

El desarrollo editorial y, por ende, la producción del libro durante estos años, señalan Eugenia Meyer y Pablo Yankelevich, “está directamente asociad[a] a la llegada del exilio español, en los años treintas, y a la presencia de un número significativo de intelectuales, académicos y artistas republicanos”.<sup>40</sup> Sin embargo, esto no hubiera sido posible, si el gobierno no hubiera tomado también otra actitud respecto a la producción editorial.<sup>41</sup>

De hecho, a partir de la feria de 1924, el gobierno emprendió una campaña de promoción de las letras mexicanas tanto en el país como en el extranjero, apoyando además a los editores y libreros en la producción de textos. Así, aunque el *Anuario Bibliográfico* de 1931, producido por Felipe Teixidor, sólo registró un total de seiscientas treinta y cinco obras y la existencia de once librerías en la capital nacional y cincuenta más

<sup>38</sup> E. Meyer y Pablo Yankelevich, “Hacia una industria editorial”, en *México, un libro abierto*. México, Conaculta, 1992, pp. 91-98.

<sup>39</sup> Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1996*. 2ª ed. México, FCE, 1996, pp. 30-31.

<sup>40</sup> E. Meyer y Pablo Yankelevich, “Hacia una industria editorial”, en *op. cit.*, p. 91.

<sup>41</sup> Para ello, Genaro Estrada aprovechó su nombramiento como ministro de Relaciones Exteriores en 1927 y se apoyó en los humanistas intelectuales para realizar la empresa que desde tiempo atrás codiciaba: el fomento y el desarrollo de la corriente bibliográfica, la cual se había suspendido desde principios de siglo. Promovió al efecto la publicación del *Anuario Bibliográfico Mexicano*, bajo la supervisión de Felipe Teixidor, con el mismo propósito que tuvo años atrás la revista *Biblos*.

en el resto de la República, era indudable que el asunto mejoraba poco a poco. Luego, a este *Anuario* se agregó la serie de 31 bibliografías llamada *Monografías bibliográficas mexicanas*, la que justificó Teixidor en estos términos:

[...] esta ardua labor [...] sin genio ni gloria, no quiere otra cosa que aliviar el trabajo de los investigadores de las letras mexicanas; aportar el árido indispensable material que luego ha de servir para las construcciones mentales; organizar los dispersos datos que tan útiles suelen ser para el pensamiento creador y para la erudición literaria.<sup>42</sup>

Con base en ello, a principios de la década de los treinta, pese a la pobreza en que se encontraba el país, éste se veía diferente, animado por los deseos de lucha para reconstruir la nueva nación, con nuevos planes y nuevas esperanzas. Por fin, se decía, los mexicanos no permitirían dejar caer nuevamente a la Patria, ya que la juventud se hacía presente para construir el México moderno no con las armas, sino con las letras. La luz inyectada durante las primeras tres décadas del siglo XX por Sierra, Chávez, Vasconcelos, Cosío Villegas, Torres Bodet, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Vaca y muchos otros, trajo consigo la identidad nacional, se adujo. Incluso, como el renacimiento de la Patria implicaba un nuevo orden en el sentido universal, no faltó quien señalara que hasta el socialismo podía ser una alternativa para sustituir el capitalismo decadente.

Para dar salida a los problemas de carácter agrario, económico, sociológico, monetario, demográfico y educativo, México sólo tenía una opción educativa: allanar los caminos que lo llevaran a la vida moderna y enfrentar los retos de manera decisiva, basándose en la especialización de individuos. Con ese objetivo se fundó, en 1934, la Escuela Nacional de Economía, en la Universidad Nacional Autónoma de México, la cual concilió intereses diversos en torno a los libros que necesitaba para su mejor desempeño. Manuel Gómez Morín, Antonio Castro Leal, Miguel Palacios Macedo, Gonzalo Robles y algunos alumnos concluyeron que lo más conveniente era hacerse de los materiales bibliográficos indispensables, ya traduciendo libros extranjeros y luego produciéndolos aquí, ya escribiendo y editando los propios.

En este sentido, el vínculo de Cosío Villegas con otros intelectuales resultó fundamental. En abril de 1934, junto con Eduardo Villaseñor, inició la publicación de *El Trimestre Económico*;<sup>43</sup> luego, con Gómez Morín, rector de la Universidad, y con Miguel Palacios Macedo y el propio Eduardo Villaseñor, formuló un plan encaminado al establecimiento de una editorial en el seno de la máxima casa de estudios. Como la falta de recursos impidió el éxito de este plan, Cosío Villegas y sus colaboradores buscaron el apoyo de diversos amigos e instituciones; la participación de Martínez

<sup>42</sup> J. B. Iguíniz, *Disquisiciones bibliográficas: autores, libros, bibliotecas, Artes gráficas*. México, El Colegio de México, 1943, p.142.

<sup>43</sup> V. Díaz Arciniega, *op. cit.*, p. 43.

Adame, director de Egresos de la Secretaría de Hacienda, sería determinante para que se sumaran pronto otras. Tras reunir veintidós mil pesos,<sup>44</sup> el grupo creó un fideicomiso a partir del cual —el 3 de septiembre de 1934— entró en funciones el Fondo de Cultura Económica. Con la idea básica de producir obras que ayudaran a resolver los problemas agrarios, monetarios, sociológicos, demográficos, económicos e históricos ineludibles, su primer libro fue *El dólar plata*, de William P. Shea, publicado en 1935. Tras varios tropiezos, entre ellos, la falta de experiencia en la industria editorial y la piratería que sufrieron varias de sus obras,<sup>45</sup> el Fondo de Cultura Económica se cristalizó como una de las más importantes casas editoriales del gobierno, llegando a ser hasta nuestros días un emporio dominante en la producción de diversas temáticas, con una proyección internacional.

Con la idea acariciada desde antes por Gómez Morín y Cosío Villegas, en este mismo año se fundó la Imprenta Universitaria, en respuesta a la problemática que tenía esta casa de estudios para la publicación de sus libros. Con los años, la Imprenta se convertiría en una de las mejores y más vastas editoriales de México, gracias, sobre todo, al impulso y a la organización que le dio Francisco Monterde. Ocho años después, en 1943, en el marco de la Feria del Libro y la Exposición Nacional del Periodismo, aquella publicó la obra *Notas para la bibliografía de las obras editadas o patrocinadas por la Universidad Nacional Autónoma de México*, y también hizo hincapié en las notas bibliográficas referentes a las tesis presentadas por los graduados durante los años de 1937 a 1942.

Mientras la industria editorial hacía nuevamente su aparición y empezaba a producir libros de temas vanguardistas, el gobierno de Lázaro Cárdenas, de 1934 a 1940, enfrentó la ignorancia mediante la impresión de millares de libros de texto escritos de acuerdo con la corriente socialista, los que distribuyó de manera gratuita o a bajo precio a través del “Ejército alfabetizador” con la intención de hacer llegar de manera directa e inmediata los libros a los niños. Esta acción, en 1936, propició el establecimiento de la Comisión Editorial Popular cuyo objetivo era llevar el libro a todos los sectores, entre ellos al obrero. Destacan aquí libros como el *Método para aprender a leer y escribir*, con un tiraje de 1 750 000 ejemplares, dedicados a los alumnos de escuelas diurnas y nocturnas; y la serie Simiente que, destinada para las escuelas rurales, alcanzó un tiraje de 3 420 000 ejemplares; además, hubo también uno de la serie SEP para escuelas nocturnas, que llegó a un tiraje de 1 220 000 ejemplares.<sup>46</sup>

En esos años la industria editorial, además de tomar mayor fuerza, fue portavoz de la nueva ideología educativa; muestra de esto fue la organización de la Feria del Libro Revolucionario, en 1936, donde varias editoriales exhibieron materiales sobre la corriente socialista, y donde la Secretaría de Educación Pública presentó su *Biblioteca del Estudiante* y la *Biblioteca del Obrero y del Campesino*.<sup>47</sup> Aún más, los editores mexicanos

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>46</sup> E. Meyer y Pablo Yankelevich, “Hacia una industria editorial”, en *op. cit.*, p. 93.

<sup>47</sup> *Idem.*



no se olvidaron del público infantil, pues empezaron a publicar libros con una temática supuestamente acorde a ellos; desde obras clásicas de literatura universal, como *Don Quijote de la Mancha*, hasta pequeños escritos de tipo científico.<sup>48</sup> Así también se atendió la alfabetización de los indígenas y por primera vez se empezaron a producir libros en lenguas autóctonas. El resto de la producción se daba a conocer a través de *Letras de México* (1937-1947), que venía a sustituir en sus objetivos a *El Libro y el Pueblo*.

Este renacer de la industria editorial no fue obra de la casualidad, pues contó también con la influencia de intelectuales españoles que emigraron a nuestro país debido a la Guerra civil española (1936-1939), y figuraron pensadores como José Moreno Villa y Wenceslao Roces, José Gaos, Luis Cernuda, Emilio Prados, León Felipe, Adolfo Sánchez Vázquez, Adolfo Salazar, Max Aux, Manuel Altolaguirre, Joaquín Xirau, y otros, quienes dieron mayor fuerza a esta industria. Este grupo de emigrantes —explicitó en 1949 José Luis Martínez— “originó que recibiéramos un valioso contingente de hombres de letras que han proseguido entre nosotros sus labores y que, tras una década de convivencia, han llegado en su mayoría a asimilarse a nuestra cultura”.<sup>49</sup> Su presencia no sólo propició la de España en México, en 1938, sino que también posibilitó la fundación de diversas editoriales, que incorporaron en su producción temas diversos que surgieron a partir de enfrentar la modernidad en nuestro país.<sup>50</sup>

Entre las nuevas casas editoras conviene citar a Costa Amic y Atlante; mientras que de las antiguas seguían en la contienda las de la Vda. de Ch. Bouret, Porrúa y Botas, sólo que sus problemas cada vez más complicados las obligaron a negociar cambios en su estructura. Por ejemplo, la de la Vda. de Ch. Bouret se convirtió en 1933 en la Sociedad Editorial Francoamericana, al ser adquirida por el español Jacinto Lasa Jáuregui, y luego cambió una vez más su nombre al de Editorial Patria. Posteriormente, la del Fondo de Cultura Económica, en 1934, vino a institucionalizar la industria editorial, misma que se fortaleció con la creación de los Talleres Gráficos de la Nación, los de la Secretaría de Educación Pública y los de la Imprenta Universitaria. En este mismo año se estableció la primera librería moderna en México: la Librería de Cristal, obra de Rafael Jiménez Siles, quien logró darle un gran desarrollo al traspasar las fronteras no sólo por su distribución, sino por su vanguardismo. Esta librería fue noticia en *NET Cork Times* en 1946, cuando se le calificó por su servicio moderno, como la más extraordinaria del mundo, y suscitó un gran interés en muchos escritores de alto prestigio por conocer más acerca de ella.<sup>51</sup>

De las prensas de estas y otras editoriales más que se sumaron a la lista, entre 1931 y 1936 salió la segunda época de la novela de la Revolución mexicana, la que continuó

<sup>48</sup> *Idem*.

<sup>49</sup> José Luis, Martínez, *Literatura mexicana siglo xx, 1910-1949*. México, DGP, Conaculta, 2001, p. 85.

<sup>50</sup> Moisés Ochoa Campos, “La industria del libro en México”, en *Suma bibliográfica*. México, 1947, p. 68.

<sup>51</sup> Rafael Giménez Siles, *Testamento profesional: comentarios, ilustraciones y sugerencias al finalizar la tarea editorial, librera e impresora*. México, EDIAPSA, 1980, p.101.

con las tendencias vanguardistas e hizo énfasis en la injusticia social, en la vida de los indígenas y en el heroísmo del pueblo mexicano. Según Enrique Krauze, para ese entonces “no se hubieran podido producir materiales bibliográficos de alta calidad si no hubieran surgido intelectuales como los Siete Sabios de México”,<sup>52</sup> Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea Leyva, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca. Este grupo tuvo como finalidad dar inicio a la Sociedad de Conferencias y Conciertos para suplir el Ateneo de la Juventud y propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad de México.<sup>53</sup> Aunque estos personajes carecieron de una considerable obra escrita —según el mismo Krauze—, suplieron esta al hacer valer “la función que en toda generación literaria cumple siempre un libro o un conjunto de libros o autores modelo, la había cumplido, en el caso de esta generación, la propia Revolución. Ésta había sido la verdadera maestra”.<sup>54</sup>

Con estas perspectivas la industria del libro avanzó poco a poco en su propósito, tanto en la producción de libros como en la aparición de nuevos espacios editoriales. En 1942 inició actividades la editorial Avante; en 1943, Fernández Editores, y en 1945, asociada a editorial Sudamericana, surgió la editorial Hermes, por mencionar algunas. No obstante, este impulso, la producción de libros de literatura e historia, entre otros temas, decayó considerablemente, lo que provocó múltiples quejas en diarios y revistas, donde los autores señalaban que los editores no les publicaban sus obras. Sin embargo, y sobre el asunto, los editores tenían sus propios argumentos.

En una entrevista que le hiciera en 1946 un reportero de la revista *Mañana*, del Distrito Federal, a Martín Luis Guzmán, autor de *El águila y la serpiente*, aseveró: “No hay editor aún — porque así lo exige su negocio— que rehúse publicar un buen libro”.<sup>55</sup> Con ello dio a entender a muchos que los autores que tenían títulos de calidad para salir a la luz, nunca eran ignorados:

Si en este momento hay un genio de la novela mexicana o de la poesía mexicana o del ensayo mexicano que no logre revelarse porque le cierran las puertas editoriales de nuestro país, que me lo traigan y a los dos meses su obra estará en la calle, y que se nos presenten buenos libros (buenos no a juicio del autor, porque para el autor no hay libro malo) sino a juicio del editor, o de sus consejeros en la materia, y yo garantizo que ningún libro dejará de publicarse, y, que los editores debían tomar como desafío el aprovechar los escritores jóvenes.<sup>56</sup>

Para cubrir parte de esta problemática, por lo menos la del rubro de novela, en este mismo año hizo su aparición la Editorial Diana, fundada por José Luis Ramírez Cerda y Fabriciano Sanz Guardado. Esta pronta atención al problema, sólo confirmó el in-

<sup>52</sup> En septiembre de 1916, Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado decidieron formar una nueva sociedad que remplazara el Ateneo de la Juventud.

<sup>53</sup> E. Krauze, *op. cit.*, p. 87.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 245.

<sup>55</sup> R. Giménez Siles, *op. cit.*, p. 101.

<sup>56</sup> *Idem.*

terés que se tenía por desarrollar esta industria, tal como lo confirmó una nota editorial de la revista *El Hijo Pródigo* —dedicada en una de sus vertientes a la crítica—, en el que se lee:

Es un hecho que la publicación de libros en México ha aumentado considerablemente en los últimos años. Las casas editoriales, heterogéneas y dispersas, se han multiplicado. Una tendencia se descubre en el confuso volumen de la producción editorial: el interés que más o menos deliberado, más o menos consciente, hay en los editores de imprimir obras de autores mexicanos del pasado y aún del presente. Las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, las de la Universidad Nacional Autónoma de México y algunas colecciones de editores privados, están claramente dirigidas a enfatizar la importancia de la producción literaria mexicana. Ya es tiempo de que la producción nacional ocupe el plano y la altura que merece; de que el sentimiento de inferioridad, que también se ha manifestado en relación con nuestra producción literaria, se vea superado abierta, saludablemente, y para siempre.<sup>57</sup>

Dicha producción libresca se vio fortalecida además por el decreto del 13 de julio de 1946, que eliminó del pago del diez por ciento de impuestos a los productores; y por la creación de un concurso de novela que se estableció en este mismo año por el gobierno del Distrito Federal, que intentaba motivar la escritura de obras sobre este género literario.<sup>58</sup>

El 18 de febrero de 1947, la Cámara Mexicana del Libro y la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos ofrecieron un banquete a Fernando Casas Alemán, jefe del Departamento del Distrito Federal. Ahí, Martín Luis Guzmán, representante de la asociación, manifestó que el impulso tomado por la industria editorial a mediados de la década de los treinta no había alcanzado lo propuesto, que se había quedado en intentos, debido a que el producto que se fabricaba y se vendía satisfacía a la menos apremiante de las necesidades del individuo, porque éste compraba libros sólo después de haber comprado cuanto podía comprar. En esa misma ocasión, Cosío Villegas, representante de la Cámara Mexicana del Libro, pidió que la industria editorial reconquistara la posición de “abanderado y fuente de inspiración” que había logrado en tiempos pasados. Hizo evidente además el avance que se tenía en Argentina y Chile, pero no así en México, donde no se había tenido el apoyo gubernamental para la modernización de los equipos. Ante tales argumentos y la situación que se tenía, Casas Alemán reconoció la debilidad de la industria editorial mexicana.

Después de esta reunión, el 4 de julio del mismo año se creó el Instituto Mexicano del Libro, previa disolución de la Cámara Mexicana del Libro y de la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos, según acuerdo firmado días antes, con el fin de representar los intereses de la industria y el comercio mexicanos.

En este mismo año apareció en *Suma Bibliográfica* un artículo intitulado “La industria del libro en México”, de Moisés Ochoa Campos. Ahí, este autor recapituló los

<sup>57</sup> “La distribución del libro”, en *El hijo Pródigo*. México, 1946, p. 129.

<sup>58</sup> J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 255.

factores que determinaban la producción del libro, y proporcionó algunas cantidades que nos permiten observar el proceso de su crecimiento:

Existe una relación directa entre el desarrollo de la industria librera de un país y el grado más o menos elevado del analfabetismo, si bien es imposible precisar cuál es el factor determinante; si la escasez de libros impide el desarrollo cultural o la falta de éste impide el desenvolvimiento de la industria librera. En esencia, ambos factores se juntan, manifestándose interdependientes. Sin embargo, si para aprender a leer puede bastar la voluntad, utilizando cualquier medio, aunque sea improvisado, en cambio escasamente servirían las más bellas ediciones a los más cómodos precios, con una población en que impera el analfabetismo. Pero no tratamos de restar importancia a la urgencia que todos tenemos de poseer libros baratos y decentemente presentados.

El panorama de la industria librera mexicana puede captarse fácilmente con un poco de interés por analizar este vital problema.

Desde luego, no es por falta de lectores que no ha progresado nuestra industria editorial y la mejor prueba de ello es que la importación de libros alcanza cifras muy apreciables. La verdadera causa del retraso de esta industria radica en la falta de una legislación proteccionista y, especialmente, en la escasez y carestía del papel. En estos dos factores está, fundamentalmente, la razón de nuestra débil producción de libros.<sup>59</sup>

El mismo autor afirmó que esta producción podía medirse de la siguiente manera: en 1930 se produjeron aproximadamente 50 000 volúmenes, y en 1943, 1 200 000. Las editoriales que funcionaban en México en 1930, sólo eran cinco; en cambio para 1944 ya sumaban ciento dieciséis.<sup>60</sup> No obstante, la presencia de esta producción y de la importación de libros —que para 1943 sumaron 2 500 000 volúmenes—, en 1950 se hacían escuchar múltiples quejas referentes a que en México se leía poco, o “son pocos los que leen”. Ochoa Campos aseguraba que esto se debía, quizá, a que la producción del libro había tomado otros rumbos, y sólo se producía material técnico y científico, con la consabida baja en la producción de obras de otros temas.

Así, la situación de la producción del libro cerró la mitad de siglo con una interrogante que no ha podido ser salvada. Sin saber claramente el porqué, la mayoría de la nación vive, por múltiples razones, al margen del libro, ignorando su carácter integrador y formativo de la personalidad, así como su trascendencia para el futuro de México. Se desconoce que el libro —literario, científico, técnico, expresión intelectual, ética y estética— en suma, es un elemento insustituible para el progreso del país. Por lo mismo, y aunque la educación ahora está cimentada en la corriente democrática y se busca producir un mayor número de libros que la apoyen, la industria editorial continúa sin los recursos suficientes para su crecimiento. En conclusión, mientras el gobierno no asuma por completo su papel en la producción de libros de texto, éste continuará con problemas de producción.

<sup>59</sup> M. Ochoa Campos, “La industria del libro en México”, en *op. cit.*, p. 67.

<sup>60</sup> *Idem.*